

mentira, del error, de la herejía y de la impiedad, que como vió S. Juan en su Apocalipsis, ha llegado á la vez á turbar, y aún casi á oscurecer el sol de la verdad, cual sucede en una tenebrosa borrasca, que interceptados los rayos del sol por las densas nubes, solo queda en la tierra una luz opaca, triste y melancólica, ¿quién ha serenado el firmamento de la Iglesia? ¿Quién ha restituido la calma, la paz, la alegría y la brillante claridad en medio del día de nuestra peregrinación? ¿Quién si no esta estrella María, como á boca llena lo confiesa la Iglesia? Tú sola acabaste con todas las herejías.

Si, amados míos en el Señor, nuestra inclita y especial protectora María es la que, no solo dispó las tinieblas en que estuvo sepultado el universo por muchos siglos, sinó que aún despues ha desterrado toda niebla, toda borrasca, toda sombra de error y de desgracia. Invocad pues á esta Luz fulgentísima, en todo apuro con su celestial Rosario; porque entre tantas oraciones como la devoción cristiana presente al Señor y á su bendita Madre, la oración del Rosario es la más agradable ante el divino acatamiento; la más amada de esta soberana Reina, y la más provechosa para las almas. Invocadla también con el himno *Ave maris stella*, que la santa Iglesia os propone en sus festividades; y en esta solemnidad, bajo el título de la Luz, pedid os la dé para conocer vuestras culpas y el estado de vuestras conciencias; pedidle que alumbre á los ciegos por las pasiones, *profer lumen cæcis*; pedidle que sea nuestra luz en medio de las sombras de esta noche.

Nos dirijimos á Vos, dulcísima Madre nuestra, y con el ángel os decimos: Dios te salve María, más profunda en virtudes y dones del Cielo que el mar en sus aguas. Llena eres de gracia, como el vellocino de Gedeon del rocío de la gloria. El Señor es contigo, como el Espíritu de Dios con las aguas del mar. Bendita tú eres entre todas las mujeres, pues Tú sola tuviste bendiciones de madre con pureza de virgen. Bendito es el fruto de tu vientre Jesús, pues diste en la tierra la cosecha más feliz del Cielo. ¡Oh Santa María! pues eres Madre de Dios, mirad por los que estamos desterrados en este valle de lágrimas; y si nos hemos desviado del camino de los divinos mandamientos, rogad por nosotros pecadores. Miradnos propicia ahora y en la hora de nuestra muerte. *Amen*, así sea, para que agrademos en gracia á Jesús, y despues consigamos la gloria. Que á todos os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: *Amen*.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

DISCURSO I.

Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum... pro quibus non peperisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui... Et dixit omnis populus: fiat, fiat.

Bendito sea el Señor.... porque hoy ha hecho célebre tu nombre en todo el universo: no faltará tu alabanza de la boca de los hombres, porque has empleado los sentimientos de tu corazón para alivio de sus aflicciones... y éstos darán eternamente señales de su gratitud.

(JUDITH, 13.)

¿Quién es esta mujer tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el universo; que tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazón para consolarle, y por lo mismo, se ha adquirido el más bien fundado derecho sobre la estimación, el amor, la admiración y los elogios de cuantos en los futuros siglos tengan noticia de sus gloriosos hechos? Es verdad, que las palabras que acabo de proferir, son un cántico de confesión y alabanza con que el pueblo de Betulia tributó sus respetuosos agradecimientos al Dios de Sion, por los privilegiados favores con que rompió sus cadenas, enjugó sus lágrimas, acalló los lastimosos ecos de su llanto, avasalló la mano enemiga que le tiranizaba, y le restituyó á su antigua libertad por medio de la compasiva, la generosa, la grande Judith;

aquella mujer famosa en los fastos de los hebreos, que libertando gloriosamente á su nacion afligida dió las pruebas más sensibles de su heroismo.

Pero olvidémonos de Judith: el objeto que nos ofrece las ideas consoladoras que provocan nuestros júbilos, nuestro agradecimiento y nuestro amor es infinitamente más glorioso, más elevado, más digno de nuestros votos. María, la incomparable Virgen María, es hija del Altísimo, á quien han mirado los Padres como una criatura que Dios eligió con preferencia á todas las demás. María, la amabilísima María es la heroína privilegiada de quien hablo, la que despues de redimir el mundo con los dolores de su corazon en el Calvario, obra una segunda redencion que inmortaliza su nombre, manifiesta los sentimientos de su corazon, y tiene obligado á todo el mundo á consagrarse á sus cultos.

Por esto se la atribuye el devoto y tiernísimo título de la Merced: y esto es lo que ejecuta la memoria de aquella dichosa noche, en que los Cielos se juntaron con la tierra: noche más luminosa que el tiempo en que preside el astro del día, y que se equivoca sin disputa con la otra, en que rotos los grillos de la muerte, subió Cristo vencedor de los infiernos al tabernáculo de su eterna mansion. Entónces fué cuando aquella columna de fuego que había de conducir otro escogido pueblo, se dejó ver del Moisés de la gracia, S. Pedro Nolasco; del Aaron del siglo trece, S. Raimundo de Peñafort; de uno de los más piadosos reyes, D. Jaime de Aragon; y ordenó que se estableciese en la Iglesia «una tropa auxiliar que entrase de nuevo en el cuerpo del ejército, dispuesto en batalla, al cual Jesucristo sirve de caudillo:» el sábio, ilustre, real y militar Orden de nuestra Señora de la Merced, cuyo objeto principal fuese restituir la libertad á los cristianos que gemían en el duro cautiverio del sarraceno. Momento feliz, dichosa noche, en que conoció el mundo la ternura y el amor del corazon dulcísimo de María que adoptó este gran proyecto de libertad concebido en el seno de Dios. La Iglesia vió salir de su recinto una multitud de redentores, que se ofrecieron á los primeros combates: reyes, que derramaron sus tesoros para edificar los primeros conventos de este Orden venerable: pueblos, que cooperaron á los piadosos fines de este nuevo instituto. María es la que revela este proyecto de caridad, le protege, le acalora y le autoriza: ya las cárceles se abren y las cadenas se rompen.

«Alaba al Señor, Jerusalén, alaba Sion á tu Dios, porque ha hecho célebre el nombre de María, y su elogio, como fundadora de la Mer-

ced y redentora de cautivos, no faltará de la boca de los hombres; porque ha enriquecido á María con un corazon tan compasivo, que no ha podido ménos de aplicar todos sus sentimientos á la libertad de estos hijos afligidos; porque ha movido la piedad de los fieles, para que cooperando á un proyecto tan santo, den eternamente señales de su gratitud y reconocimiento.» ¡Qué ideas tan encantadoras!

Ved aquí pues mi designio. Las ideas de Dios acerca de María revelando por su medio la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced; las ideas de María acerca de los hombres, revelando la redencion de los cautivos y la fundacion del Orden de la Merced; las ideas de los hombres acerca de María por haber revelado la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced. ¿Cuáles son las ideas de Dios acerca de María? Ideas de magnificencia y de gloria: *Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum*: este será el objeto de vuestra admiracion en la primera parte. ¿Cuáles son las ideas de María respecto de los hombres? Ideas de compasion y de ternura: *Pro quibus non pepercisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui*: esta será la materia de vuestro amor en la segunda parte. ¿Cuáles son las ideas de los hombres acerca de María? Ideas de gratitud y de reconocimiento: *Et dixit populus: fiat, fiat*: este será el motivo de vuestra edificacion en la tercera parte. La grandeza con que Dios ostentó á María en este gran proyecto de rescatar los cautivos; lo que María ha hecho servir á nuestro bien esta grandeza; y lo que la han venerado los hombres, es todo el análisis de este panegírico. La causa interesa á la Santísima Virgen: basta que la saludemos: *A. M.*

Las ideas de Dios acerca de María, revelando por su medio la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced, pertenecen á aquel órden de cosas invisibles y eternas, que reservó en sí la Omnipotencia, ocultándolas para siempre á nuestra investigacion con el velo de la oscuridad; pero ¿quién duda que son ideas de gloria y de magnificencia? En ellas se muestra en toda su luz la grandeza y heroismo á que ha elevado á María, «el que ha obrado con ella siempre cosas grandes.» Acordaos del origen, de la revelacion, de la ejecucion de esta obra de los siglos, y direis que es generoso en su origen. ¿Con qué prontitud no escuchó Dios los ruegos de María, que se interesa en la fundacion de un Orden redentor de cautivos? ¿Con qué aparato de majestad no desciende á la tierra la Reina de los cielos á revelar

el secreto de la fundacion de este Orden redentor de los cautivos? ¿Cuántos milagros del poder de María no se obran para efectuar la fundacion de este Orden redentor de los cautivos? El amor que Dios tiene á María, la gloria con que corona su mérito, el poder que ha depositado en sus manos, se deja percibir sensiblemente en esta obra de magnificencia y de gloria, y por esto mismo se ha hecho célebre el nombre de María, y su alabanza no faltará de la boca de los hombres. ¿Cual fué el origen, ó por mejor decir, dónde y por qué medio se formó este proyecto de caridad? Un golpe de luz, á que no podrá resistir el más preocupado entusiasta, nos persuade, que esta obra debe su origen á aquella mansion gloriosa en donde se consuma la caridad y en donde todo es perfecto. El plan se forma al pié del trono del Eterno: la misma Madre de Dios tira las líneas que forman su decoracion y su hermosura, y bajo el auspicio y mediacion de María tiene la aprobacion del Cielo; y hé aquí, oh afligidos y angustiados cautivos, el instante consolador en que se decreta la fundacion de un Orden, cuyo principal objeto sea restituíros á vuestra libertad. ¿Y quién sinó la Virgen María pudo alcanzar este decreto de misericordia y detener los golpes de aquel azote formidable, que puesto por el Dios de las venganzas en mano de los bárbaros, hizo ver á la España los días de su cautiverio y de sus lágrimas? Los sarracenos, soberbios con las conquistas de Egipto y de Numidia, entran en España por medio de una perfidia: sus rápidas victorias los hacen como un torrente que rompe todos los diques. ¡Triste España! ¡infeliz de tí! ¿á quién te compararé en tus desgracias? Tus enemigos furiosos te silban, te befan, y preguntan burlándose: ¿es esta la nacion encantadora, embeleso de todo el mundo? Al fin, los sucesos de la guerra son varios: el cuerpo de la nacion respira, por decirlo así; pero sus miembros padecen. Los grillos, los calabozos con que abruman á los cristianos que han sujetado á su dominacion, son la venganza en su ignominia. La crueldad del sarraceno se aumenta á proporcion de nuestro abatimiento: apénas una llave de oro puede abrir las oscuras cárceles, en donde su furor ha sepultado á los cristianos prisioneros con afrenta de la humanidad. La codicia nutre su impiedad: cruzan los mares, atraviesan los poblados, asaltan las ciudades, rompen los muros, acechan á las desprevenidas presas: ¿quién puede contar con su libertad y huir de los insultos de un enemigo codicioso, que pone su vanagloria en los públicos latrocinios? Muchos infelices se ven arrancados de improviso de su suelo pátrio: de repente el padre se halla sin hijos, los hijos preguntan por sus madres, el rico se ve

pordiosero, el noble confundido con la vil plebe, ni se escapa el ministro del altar, porque ofrezca por sus manos el cuerpo y la sangre de la sagrada víctima. Allá van... allá van al África, al África, acostumbrada á empaparse en lágrimas de cautivos.

Este país de tinieblas encierra en horribles mazmorras tantos infelices, cuantos fueron libres de sus cárceles por mano de Moisés. ¡Ay de mí! Los lamentos de estos desdichados traspasan mi espíritu. Pero me consuela y me llena de alegría que Pedro Nolasco ha hecho suya la causa de los cautivos. Habla á los reyes para que guarden sus costas, y peleen á la frente de un escuadron de nobles valerosos las batallas del Señor: sacrifica su patrimonio y sus arbitrios á la libertad de los infelices; saca de entre las cadenas más de tres mil cristianos; se ofrece en Valencia en rescate por muchos cautivos, y cargándose con sus cadenas, los restituye á su amada libertad. Esta es obra de su celo, ésto es lo que le sugiere su prudencia. Interesa sus lágrimas ante el trono de María por unos hombres de misericordia, herederos de su espíritu y padres de los cautivos. Suben los suspiros, y bajan los milagros. No son oídas con tanta prontitud las súplicas de Ezequiel, que pide la curacion de una enfermedad: de David, que pide la victoria contra sus enemigos: de Salomon, que pide la sabiduría: de Moisés, que pide la gracia de ver á Dios; como los ruegos de Nolasco, que pide la redencion de los cautivos. María interpone su intercesion ante el trono de la divinidad. ¿Qué hará en esta ocasion el Hijo más amante por la Madre más digna de ser amada? Ya está resuelto en los Consejos eternos el establecimiento de un Orden religioso que enjugue las lágrimas de la religion y de los cautivos. Consolaos, afligidos prisioneros: ya se acerca vuestra redencion; levantad vuestros ojos moribundos, y mirad á vuestra Redentora, que deja la mansion de la gloria para visitaros. La Santísima Virgen ha formado el proyecto, y Ella misma descende del Cielo á revelarles.

¿Osaré yo abrir la boca para hablar de la gloria con que María se presenta en estas dulces circunstancias? Formad vosotros las imágenes que os agraden, acordaos de la alegría y de los cánticos de aquel día, en que el pueblo de Betulia vió en las manos de la incomparable Judith la cabeza del soberbio Holofernes: de la gloria del triunfo de David despues de la victoria del gigante: del aparato con que fué llevada el Arca del Testamento á la ciudad de Sion: del orden y majestad de la corte de Salomon: del esplendor del templo que le edificó al Señor: del golpe de luces que rodeaba el carro en que fué

arrebatado Elías; y de... pero nada habreis recordado que corresponda á la magnificencia con que descende del Cielo María para intimar su voluntad sobre la redencion de los cautivos. Los Cielos se abren de par en par: sus bóvedas parece que tienen lengua para publicar la gloria de su Reina. Los astros detienen su carrera, la tierra se cubre de eternos resplandores, la naturaleza suspende el curso de sus operaciones, sorprendida con los vuelos de esta Hija del Rey. No nos admiremos de tanta gloria: Dios quiere mostrarnos la generosidad con que recompensa los méritos de su Madre. Y así se dejó ver María del padre, del tutor, del amigo de los cautivos, S. Pedro Nolasco; así se dejó ver del gran director, del Moisés, del Rafael en la obra de la redencion de los cautivos, S. Raimundo de Peñafort: así se dejó ver del protector, del amparo de la redencion de los cautivos, D. Jaime de Aragon.

En una misma noche la generosa María llena con su presencia el palacio de un rey, el retiro de un eclesiástico, el oratorio de un piadoso seglar: á los tres les manifiesta su gloria, les declara sus voluntades para que den un testimonio irrefragable de sus designios, así como los tres discípulos que llevó Jesús en su compañía al Tabor, dieron testimonio auténtico de su grandeza. ¿Y qué ordena la Virgen? ¿Cuál es su voluntad? A Nolasco le dice: ya ves el hábito que me cubre, el mismo han de vestir los hijos de tu espíritu: escoge algunos varones, funda un cuerpo religioso, de quien yo quiero ser Madre y fundadora: su título ha de ser de la Merced, su instituto librar á sus hermanos de la tiranía de los bárbaros: á tí te encomiendo este empeño: vé, vé, no te detengas. A Raimundo de Peñafort le ordena que dirija á Nolasco en todas sus empresas, que sea su Moisés, le enseñe los preceptos, la ley de vida y de disciplina. Llama al rey de Aragon por su propio nombre, como á Ciro: fortalece tu brazo, le dice, ampara á Nolasco en la redencion de los cautivos para que estos infelices vuelvan á morar en la tierra de sus padres: abre tus tesoros y tu corazon, ejecuta mis designios. Esta es la voluntad de la grande María: pero ¿cuántos prodigios de su poder no se admiran en su ejecucion?

Hemos oido decir á los Padres, que el poder de María goza de una especie de omnipotencia, que todo se somete á su imperio, que mueve adonde quiere y como quiere el corazon de los hombres: así lo vemos por experiencia en la ejecucion del gran proyecto de la fundacion del Orden de la Merced. María lo quiere, María se sirve de tres ilustres personajes para llevar á efecto sus designios: permi-

tidme que diga, que con querer la Virgen ya está ejecutada la obra. Una flecha rápidamente despedida de un arco bien vibrado, no corta con tanta lijereza el aire: un fuego comprimido en el cóncavo de una mina, no rompe con tanta fuerza las entrañas de una roca, como estos hombres de celo y de misericordia se apresuran á abrir los fundamentos de este suntuoso edificio. Nolasco desprecia las ilustres alianzas que la Francia le ofrece, y las que debían añadir un nuevo lustre á su nombre: solo piensa en abrir los calabozos de los cautivos con la misma llave con que pudiera haberse abierto el templo del favor: en cubrirse con aquel vestido de salud, con aquel hábito de justicia que ha recibido de mano de María, para vestirlo él mismo y comunicarlo á los demás como prenda de su benevolencia y de su amor. *El espíritu del Señor descansa en él;* y este mismo espíritu le lleva á la presencia de Raimundo de Peñafort, á quien había franqueado los secretos de su corazon. ¡Con qué generosidad de ánimo le recibe éste entre sus brazos! Ya veis unidos á Moisés y Aaron; éste será el libertador de sus hermanos: aquél servirá de luz en los caminos de su espíritu. Raimundo, lleno de la confianza que inspira el poder de su Protectora, vuela con Nolasco al trono de Jaime primero de Aragon á implorar su proteccion y sus auxilios; Don Jaime entrega su corazon en manos de Nolasco, movido sin duda por Aquella por quien reinan los reyes, segun la expresion de la Sabiduría. Ya está todo hecho: se funda el Orden de la Merced bajo la autoridad del sumo Pontífice: Nolasco viste el escapulario de María, se ve rodeado de hijos dispuestos á morir con su padre; él los liga con el voto irrevocable, no solamente de acudir al socorro de los cautivos, y dedicar á su rescate las limosnas de los fieles, sinó tambien de sacrificarse ellos mismos, y perder su propia libertad por conseguir la de aquellos. Y el rey de Aragon ¿qué parte tiene en esta obra? Honra con el escudo de sus armas la ilustre descendencia del nuevo redentor: hace punto de honor vestir el escapulario de la Merced: ofrece su palacio para el primer convento: sus reales armas allanan el paso á las primeras redenciones. ¿Puede haber brillado más el poder de María en esta obra, ni ha podido Dios hacer más sensible la grandeza de su Madre? Concluyamos diciendo: tales han sido las ideas de Dios acerca de María, revelando por su medio la redencion de los cautivos y la fundacion del Orden de la Merced: ideas de magnificencia y de gloria. Y ¿cuáles son las que animan el corazon de la Virgen para con los hombres? Ideas de compasion y ternura.

¿Quién, sin injuriar la piedad de María, puede preguntar, si la Vir-

gen sacrificó á nuestro bien los sentimientos de su corazón? Ello es, que Dios la ha dotado de un corazón lleno de ternura y amor hácia los hombres, y que jamás nos ha visto en aflicción que no nos haya consolado. Y aún cuando quisiésemos desentendernos de esta verdad, ¿no la publica á voces la obra de la redención de los cautivos, y la fundación del Orden de la Merced? Aquí se patentizan las ideas de ternura y compasión de la Santísima Virgen. Ternura compasiva en su objeto: ¿á quién se termina sinó á los cristianos cautivos bajo el yugo de los sarracenos? Ternura en los medios que la Virgen elige: ¿qué eficaz no es para los fieles el medio de que se sirve María para la redención de los cautivos? Ternura universal en sus efectos: ¿se ha negado la Señora alguna vez á los que la invocan como Redentora de cautivos? ¿Pueden ser más sensibles los sentimientos que ocupan en esta obra el corazón de María? Sí, señores: si María desciende del trono de su gloria á fundar el Orden de la Merced, y dar libertad por su medio á los cautivos es, porque los clamores de estos desdichados llegaron hasta los Cielos, y no pudo su compasivo corazón desentenderse al oír las voces con que pedían la libertad de su insupportable esclavitud. Insupportable esclavitud, dije, y no me arrepiento. La aflicción de estos cautivos oprimidos por un pueblo enemigo del nombre cristiano, no tiene comparación.

Estos infelices suspiran por su libertad, y el deseo de recobrarla es un nuevo martirio. Aún sería tolerable si se les permitiese consolarse con los tiernos objetos de la religión; pero más afligidos que los judíos en Babilonia, no solo no se les permite que canten los himnos de su amada Sion, sinó que se les obliga con tormentos á blasfemar del santo nombre de Dios. Los Otonieles, los Samueles, los Simones, no son bastante para libertar la nación santa: esta gloria está reservada á la Santísima Virgen, por medio de S. Pedro Nolasco y su ilustre descendencia. El corazón de María se deja penetrar de la aflicción de los cautivos, y viene á socorrerlos. Este es el fin de la fundación del Orden de la Merced. Consolaos, hombres oprimidos: un pueblo, cuya existencia aún ignorais, vá corriendo á socorremos. Su caridad, como una lluvia favorable, hará que á vuestros días de tristeza sucedan unos días de consuelo: saldreis alegres de vuestra cautividad, y volveréis al seno de vuestros padres: Nolasco, rodeado de sus fervorosos hijos, penetra por entre la morisma: sus liberalidades quitan á su alma venal la fiereza; consiente el sarraceno en poner límites á su crueldad; los atractivos del oro rompen las cadenas, abren las cárceles. ¡Qué alegría! ¡qué consuelo! ¡qué nueva luz! ¡qué día

tan dichoso para Israel! Un conquistador, al salir de la batalla de que dependía su gloria: una madre afligida, que ve de repente un hijo único arrancado de los brazos de la muerte, y elevado á una alta fortuna, no rebosan tanto en alegría como el corazón de los cautivos. Levantan los cuellos agobiados con las cadenas para mirar á sus ángeles tutelares, que traen en sus alas la redención: riegan la tierra con sus lágrimas.... ¿Y Nolasco? ¿y los hijos de María? Entran con ellos en aquellas moradas del horror el consuelo y la esperanza: el nuevo redentor es un amigo que habla con sus amigos, que junta sus lágrimas con las de los cautivos, que besa con religioso respeto las cadenas teñidas con su sangre: su piedad le dá derecho para llamarlos con el amoroso nombre de hijos, y recibe al mismo tiempo de su agradecimiento el tierno nombre de padre. El dinero restituye á los míseros cautivos la libertad, la vida y el alma; y á donde no alcanza el oro, hay hijos de Nolasco que queden en rehenes y en el cautiverio. Ya salen como de las tinieblas de Egipto los nuevos hijos de Israel; ya llegan á su pátria: un nuevo espíritu anima sus miembros desfallecidos. La esposa va á arrojar á los brazos de su esposo: el padre conoce desde lejos el hijo de su corazón, y quiere meterle dentro de su pecho. Se esparce por todas las ciudades la alegría: todos entonan públicas alabanzas á la Madre de Dios, de quien es este pueblo, esta herencia, estos hijos sacados de la tierra de Egipto. Vosotros convendreis conmigo, en que son patentes los sentimientos de ternura y compasión del corazón de María en la redención de los cautivos, en la fundación de su Orden militar consagrado á este fin, y bajo el título de las Mercedes. ¿Cuáles, pues, deberán ser las ideas de los hombres para que sean conformes á las de María?

Luego que reflexioné que este gran beneficio de María se ha concedido á hombres racionales por naturaleza, y cristianos por religión, me congratulé á mí mismo, persuadido de que oyendo el eco clamoroso de su religión y de su fé, sus ideas no podían ser sinó de reconocimiento y gratitud, llenando los designios de su bienhechora: y no fueron vanas mis esperanzas, porque así lo veo verificado. ¡Qué espectáculo tan luminoso es el que nos ofrece la santa familia de la Merced! Los nuevos redentores, instruidos por María en el fondo de la más heroica caridad, se preguntan á sí mismos, ¿en qué nos embarazamos? El eco lastimero de los cautivos nos insta más que al Apóstol la voz del macedonio para ir á su auxilio: ya estamos vendidos á su libertad, este es nuestro instituto, esto lo que nos manda nuestra Madre. Ya están en camino cargados con las limosnas que ha jun-

tado una mendicidad heróica. Ya derraman sus liberalidades entre los moros: el interés civiliza la barbárie: ceden á la prodigalidad de Nolasco las víctimas destinadas al sacrificio del demonio. Un pueblo numeroso sale del cautiverio; pero ¡oh! que aún quedan más aprisionados, y ya faltan los medios: ¡triste situacion para un corazon devorado de la caridad! Esta virtud aventaja en sus industrias los ardides de la más fina política. Opongamos á la crueldad, dice Nolasco, un espectáculo capaz de enternecerla: paguemos el rescate de los cautivos con nuestro propio cautiverio. Los hijos de Nolasco vuelan á los altares de Dios vivo, á hacer un voto solemne de quedar en rehenes bajo el poder de los sarracenos, si fuese necesario, para la redencion de los cautivos. ¡Qué generosidad! Ellos han cumplido su promesa en todos tiempos. Y aquí es donde los mercedarios han brillado en todo su esplendor.

No esperéis que os hable del árbol majestuoso de la Merced, sinó presentándoos sus ramas teñidas en sangre. La gloria de esta generacion santa consiste en tener un sin número de hijos que dieron la vida por la religion y los cautivos: en Granada, Juan de Granada; en Baza, Juan de Zorroza; en Almería, Pedro Beteta; en Lorca, Raimundo Victor; en Túnez, Antonio Valesio; en Argel, Guillermo Sargiano... Siempre serán recomendables por lo particular de su martirio los Ramones Nonnatos, los Pedros Pascuales, los Serapios, los Armengoles... No puedo retener en la memoria otros mil quinientos treinta y tres mercedarios que buscaron en Marruecos, en Túnez y en Argel la muerte cruel que les dieron los tiranos.... Tampoco cuento en este número aquellos hijos de María que han salido de entre los bárbaros mutilados, cicatrizados y heridos.

Pero olvidad, si podeis, esta prueba de su reconocimiento, y reconoced otra enteramente decisiva. ¿Y cuál es? La voz de la Iglesia declarada abiertamente á favor de este proyecto de María. Ella bendice de un modo el más solemne el culto religioso con que solemnizamos este día á la Santísima Virgen. Gregorio IX, Paulo V, Inocencio XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Juan XXII, Urbano VIII, Clemente X, se han declarado apologistas de esta Religion y del instituto de la Redencion. ¡Qué elogios no han pronunciado á favor de ella Calixto III y Urbano VII! Con letras marcadas con el sello de S. Pedro han asegurado, que la Religion de la Merced ha tenido lugar sobresaliente en la estimacion de la Iglesia, y que atendido el cuarto voto de redimir cautivos hasta quedarse por ellos en prisiones, aventaja este Orden al resto de los Ordenes regulares. ¡Qué gracias no le ha dispen-

sado la Iglesia! Esta derrama sobre sus aliados los tesoros de la divina misericordia. Léanse los anales de la Iglesia, y se encontrarán bulas auténticas de más de cuarenta pontífices, que con las expresiones más enérgicas se han explicado á favor del objeto de nuestros cultos, y han honrado con indulgencias y honrosos privilegios á los hijos de la Merced, á sus devotos, á sus templos y á su hábito.

Proyecto tan autorizado no podía ménos de acreditarse, y no es de admirar que haya tenido tantos panegiristas; y ved aquí en lo que consiste su celebridad. Los reyes han declarado todo su favor á esta obra tan recomendable. D. Jaime, si se apoderó de las costas del Mediterráneo, fué para asegurar el paso á los hijos de María. Los reyes de Castilla, si han cubierto el mar con sus armadas y atemorizado á los bárbaros con sus cañones, ha sido para que llegasen los redentores con ménos riesgo hasta la mansion de los cautivos. Los reinos de España se han adquirido la gloria de haber contribuido á las mayores redenciones. Luis el Grande hizo respetar de los bárbaros este Orden milagroso, y la Francia les obligó á doblar la rodilla delante del Escudo del Orden de las Mercedes. Alfonso IV, Juan I y Juan II se declararon patronos y protectores del mismo, considerando como delito de lesa majestad la vulneracion de sus fueros. Mirad las armas de su Escudo, y vereis impresa en ellas la mano de los reyes. ¿Qué pueblo no ha contribuido á esta heróica obra de caridad? Todos han llenado las ideas de Dios para con María; las ideas de María para con los hombres, y las ideas que deben concebir los hombres de María Santísima: las ideas de Dios para con María son ideas de magnificencia y de gloria; las ideas de María para con los hombres son ideas de compasion y de ternura; y las ideas de los hombres para con María son ideas de gratitud y de reconocimiento. Concluyamos alabando al Señor, que así ha engrandecido á María en la obra de la Redencion de los cautivos, y fundacion del Orden de la Merced.

Y Vos, poderosísima Reina, mirad desde el Cielo con ojos de clemencia esta viña, que es obra de vuestras manos. Miradla una y muchas veces con afecto y ternura. Visitadla y regadla con las gracias de vuestro Hijo Jesucristo. Así, Señora, os alabaremos en el tiempo para alabaros despues en la eternidad. Amen.